

EL SIGLO XX: su delimitación y su significado.

Ricardo Ribera.

I.- ¿Historia contemporánea o historia del siglo XX?

Cuando a uno de profesor universitario le encargan la asignatura Historia Contemporánea, ¿debe incluir el siglo XIX o puede reducir el programa a revisar el siglo XX? Si pretende profundizar mínimamente en los temas, parece aconsejable concentrarse en la centuria pasada. Este criterio pedagógico, inspirado en el famoso dicho “quien mucho abarca poco aprieta”, ha de ser tomado con toda seriedad. Justifica por sí solo la decisión de delimitar los contenidos suprimiendo aquellos temas que se ubican más lejos de nuestra actualidad. Si algo hay que sacrificar, mejor eliminar al siglo XIX, más alejado de nosotros y por ende menos influyente en nuestro mundo y nuestras vidas. Además, ya hay bastante bibliografía dedicada al siglo XX. Difícilmente podrá revisarse toda en el escaso tiempo que dura un ciclo académico. Habrá, por tanto, que priorizar lo esencial y sacrificar temas en aras de una visión de conjunto. Lo cual no deja de reflejar la debilidad de aquel argumento de “la falta de tiempo” para no encarar un programa que abarque toda la historia contemporánea mundial, tal como en principio fuera de esperar. El criterio didáctico resulta insuficiente.

El segundo criterio a favor de la apuesta por el siglo XX tiene más entidad y se refiere al pretendido carácter “mundial” o “universal” de la historia que quiere enfocarse. Según la formación tradicional de los historiadores en occidente – la que uno ha recibido – la era contemporánea debería abarcar desde 1789. La revolución francesa constituyó el hito – se nos decía – que puso fin a la edad moderna y daba inicio a la edad contemporánea. Pero, ¿no pecará de eurocéntrica esa visión? Por ejemplo, para Estados Unidos resulta bastante evidente que el momento crucial no es 1789 sino 1776, el año de su independencia. Para el conjunto de América Latina, contrariamente, el corte se da en las primeras décadas del siglo XIX cuando la mayoría de las colonias americanas conquista la independencia. ¿Qué decir de África, Asia, Australia o del mundo esquimal, del polinesio y micronesio? ¿Ha sido tan crucial la toma de la Bastilla para dichas regiones como para seguir sosteniendo que sus pueblos entraron a la edad contemporánea en 1789? Se mira absurdo. La pretensión de universalidad choca con esta cronología de clara filiación europea.

La división de la historia en edades – antigua, medieval, moderna y contemporánea – que la tradición occidental ha establecido insinúa una idea de la historia contemporánea que procede por definición negativa o exclusión. Es decir, la contemporánea se establece por negación de la edad moderna. Empieza donde ésta acaba. Sin embargo hay otro camino, el de una definición “en positivo”. Sería ésta la vía de la inclusión: buscar una definición sustantiva de lo contemporáneo partiendo de la reflexión sobre lo que éste contiene o debería contener. Es decir, la definición que de respuesta a la pregunta ¿en qué consiste “lo contemporáneo” de la historia contemporánea? Volveremos sobre este punto.

Revisemos primero el arranque de la edad contemporánea desde esa terminación de la moderna. ¿Deberá ser considerado eso así, para siempre? Es decir, dentro de uno o dos

siglos, ¿habrá que seguir contemplando lo contemporáneo como anclado en la fecha de 1789 o en cualquier otra fecha que elijamos? ¿O no habría más bien que pensar esa contemporaneidad sujeta a un horizonte cambiante, que se mueve hacia delante, lo que indica la imposibilidad de ser considerada estáticamente? Si lo contemporáneo, decíamos, empieza donde acaba lo moderno, por el otro lado, adelante, no tiene más límite que el presente. Debe ser desde dicho presente que se defina la contemporaneidad “en positivo”. Con ello la historia toda – no sólo esa especialidad denominada historia contemporánea – recupera su origen y sentido etimológico originario, vigente hasta el período renacentista: la narración de los hechos desde la observación directa y la entrevista o el interrogatorio a un testigo ocular que puede dar fe de los mismos. Es el sentido que le daban a la palabra “historia” Herodoto, Eforo, Tucídides, Tácito, y la mayoría de los historiadores griegos y romanos, como señala Topolsky (“Metodología de la Historia”; p. 48 y 49, Cátedra, Madrid, 1992). En conclusión: el pasado es siempre narrado y analizado desde el presente, desde la “presencia” que aquel pasado conserva en el presente.

Es desde nuestro tiempo presente y de lo que en él tiene presencia, desde este horizonte de la historia, que se materializa la perspectiva con que contemplamos la misma. No hay verdad histórica completa, acabada e inmutable, no puede haberla, porque ésta depende, depende, la perspectiva. “El punto de partida del historiador – nos recordaba Michel de Certeau – lo constituyen determinaciones presentes (...) la actualidad es su verdadero comienzo” (“La escritura de la historia”, p.25, Univ. Iberoamericana, México, 1985). En este sentido, lo contemporáneo constituye la esencia de lo histórico porque es en el presente donde se define la mirada que dirigimos hacia el pasado, las preguntas que le formulamos, las hipótesis que construimos, los problemas que tratamos de resolver. Es desde nuestro mundo que interrogamos los mundos del pasado. Y es sólo a nosotros, contemporáneos, a quienes responden. La historia necesariamente será reescrita posteriormente, como lo ha sido siempre. Cuando nuestras inquisiciones y hallazgos ya no satisfagan las inquietudes y problemas de alguna contemporaneidad futura. Cuando su mundo ya no sea el nuestro.

Un mundo histórico, el nuestro, que posee límites temporales. Sus bordes los determina la limitada longitud de una biografía humana, la posibilidad de contar con testigos vivos, de encontrar influencias directas en antecedentes inmediatos de los hechos. Por definición, la historia contemporánea, para serlo, jamás podrá exceder en mucho a la extensión de un siglo. Es, de alguna forma, historia inmediata. Más atrás será historia “mediata” por las múltiples mediaciones que suponen la distancia temporal y la distancia ideológico-cultural, la consistencia de mundos diferentes al nuestro. Pues como decía Hegel “las estatuas son ahora sólo cadáveres cuya alma vivificadora se ha esfumado, los himnos son únicamente palabras de los que ha huido la fe” (Ribera, R.: “Para leer a Hegel. Filosofía para principiantes”; p. 81, San Salvador, 1998). La época cambia y, con ella, todo un mundo de mentalidades y de significados.

De lo dicho anteriormente se desprende una corrección: a la altura de nuestros tiempos la historia contemporánea, “reducida” a una historia del siglo XX, debe a su vez “ampliarse” a la incipiente historia del siglo XXI. Un terreno, el de la historia del tiempo actual, donde los riesgos de interpretación son mayores, porque el proceso está “haciéndose” y no puede sin más determinarse “lo que es”. El ser está en plena fluidez, antes de ser fijado por el tiempo, está no tanto en calidad de “ser” sino en calidad de “siendo”. Las tendencias no se han exteriorizado plenamente y es cuando se hacen más patentes la necesaria parcialidad del historiador y su imposible neutralidad. Y ello es así porque está inmerso en el material que es su objeto de estudio, porque su vida como sujeto depende de ello. Sus convicciones y sus compromisos quedan a la superficie y no pueden camuflarse bajo el manto “científico”

de la neutralidad e imparcialidad con que suele cubrirse el historiador “objetivo”, dedicado a un pasado ya fósil que poco aporta al debate del presente. En la historia contemporánea, como historia que por definición lo es del tiempo presente, la esencia de la historia, que es esencia social y humana, está al desnudo tal cual es. De ahí el valor de sus productos y el valor – en el sentido de la valentía – que requiere siempre de sus productores. Porque la historia es biografía. Es vida humana. No debe olvidarse.

II.- El siglo XX como siglo histórico.

Para comenzar, una paradoja: el inicio del siglo XX fue festejado por la gente de la época el primero de enero de 1901; bastantes testimonios y documentos así lo acreditan. Pero las festividades por su final y por “el comienzo del nuevo siglo y del nuevo milenio” se realizaron el 31 de diciembre de 1999. Con múltiples discursos oficiales, felicitaciones de jefes de Estado e incluso una bendición expresa del Santo Padre. Personas acomodadas habían reservado vuelos y habitaciones de hotel para tal momento especial y la economía mundial experimentó un momento de auge, antes de precipitarse en la recesión que ya se anunciaba por los analistas económicos. Algunos columnistas advirtieron del error pero no se les hizo caso. Había demasiados intereses en juego y convenía promover el consumo antes de que la crisis económica mundial obligara a todo el mundo a apretarse el cinturón. Jamás se había producido un fenómeno de engaño mundial tan espectacular como éste. Por tanto, ha quedado un problema para la historia: oficialmente el siglo XX aparece como una centuria de tan sólo 99 años. El consumismo del sistema, que todo lo devora, se tragó incluso ese año que le falta al siglo XX: debería llamársele “el siglo incompleto”.

Y es que los abuelos y bisabuelos de 1901 tenían la razón: todos los siglos comienzan en un año terminado en uno, pues no ha existido en la cronología cristiano-occidental un año cero. Cristo nació el año uno de nuestra era, por definición, y ese primer siglo de nuestra era concluyó el año 100. Todos los siglos acaban en un año terminado en cero. Los nueve meses de gestación del Niño Jesús – el embarazo de la Virgen, del que pocas referencias hay en las Escrituras pero que tampoco está desmentido – transcurrieron en el año menos uno de nuestra era. Paradójico. No hubo año cero, porque en la época la humanidad desconocía la noción del cero. No sería sino hasta el siglo VII d. C. que fue descubierto (¿inventado?) en la India. Lo cual no deja de generar extrañeza para nuestra mentalidad moderna, acostumbrada como está a manejar una serie numérica positiva y negativa que arranca con el cero, y no con la unidad como había sido por siglos y milenios.

Pese a todo, Occidente impone su propia cronología y calendario en el mundo, símbolo de su supremacía, independientemente de las inexactitudes y confusiones que genera. Otras culturas tienen las suyas propias, con su propia lógica, que no necesariamente ha de ser inferior a la europeo-occidental. A mí, en lo personal, siempre me ha parecido superior el calendario maya. Lo veo más racional y sencillo, con sus 18 meses de veinte días exactos cada uno. Los cinco días que “sobran” no constituían un mes: significaban cinco días de fiesta y celebración por el final del año. ¡Una excelente sabiduría! Mucho mejor que ese galimatías de unos meses con 30 y otros con 31 días, intercalados. Excepto julio y agosto, que pese a ser consecutivos tienen ambos 31 días, lo mismo que diciembre y enero. ¡Sin mencionar febrero, con sus 28 días, siempre que no sea año bisiesto, pues entonces son 29 días! Pues, ¡menuda racionalidad y superioridad intelectual la de Occidente! Me declaro solidario con los nacidos en 29 de febrero, víctimas del calendario europeo-occidental, por

todos los regalos y fiestas de cumpleaños que deben perderse, los pobres... Eso sí, han de mantenerse lo que se dice “eternamente jóvenes”, si se atienen a los cumpleaños “legítimos” que han ido celebrando en sus vidas. Valga la ironía para desenmascarar la falsedad en que nos mantienen, las mentiras que a fuerza de repetirse se convierten en “la verdad” (la astucia fascista de Goebels), la fragilidad con que “lo evidente” se sostiene. Y con ello, incitar a un pensamiento más crítico de las inconsistencias y más creativo en la necesaria imaginación para inventar alternativas y descubrir vías de solución. La falsedad del siglo XX, simbolizada en esta confusión inicial, no es sino la del poder que lo domina.

Más complicado que el análisis del tiempo calendario será el del tiempo histórico. La historia tiene su propio ritmo, su “tempo”, como la música, el cual no se ajusta ni tiene por qué hacerlo, a los mojonos que artificialmente señala el calendario. Pongamos un ejemplo cercano: el año 1992. Para la historia de El Salvador se trata de “el año de la paz”. En ello consiste su significado pues los acuerdos de paz y su inicial cumplimiento constituyen su contenido más señalado. Ese aspecto sustancial está conectado con la cronología, como el contenido se relaciona con la forma. De tal manera podríamos precisar que 1992, visto como año histórico, comenzó el 16 de enero al darse la firma del Acuerdo de Paz. De igual manera podemos considerar que concluyó el 15 de diciembre, fecha en que se realizó una ceremonia oficial con presencia del Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas celebrando el cumplimiento de los acuerdos más sustanciales del proceso de paz. En esa fecha límite el FMLN completaba la destrucción de su armamento, la disolución de sus últimas unidades militares y era inscrito como partido político legal. La Fuerza Armada, por su parte, procedía a la disolución de los últimos batallones de reacción inmediata y a la supresión de la Guardia Nacional y la Policía de Hacienda. Las reformas constitucionales consensuadas en la negociación entraban en vigor. El país superaba el conflicto armado o guerra civil y entraba a una nueva etapa en su historia. En ello estriba indudablemente el significado del año histórico de 1992.

En este ejemplo puede advertirse la diferencia entre “año calendario” – del 1° de enero al 31 de diciembre – y “año histórico”, en este caso del 16 de enero al 15 de diciembre. Un año de exactamente once meses, a diferencia de los doce que define el calendario. La cronología histórica la determinan los hechos objetivos, los acontecimientos sustantivos que llenan de contenido y de significado un período histórico. No hay nada de subjetividad en ello, pues el historiador como sujeto no le añade nada a la objetividad fáctica. Se limita a interpretar y traducir en términos conceptuales lo que fácticamente está ahí, en los hechos objetivos. Lo que hemos realizado con un año histórico lo podemos hacer para la duración de un siglo. Nuevamente lo obvio: fuera demasiada casualidad que el 1° de enero acontezca algo tan sustantivo que marque una discontinuidad que inicie el año histórico y lo mismo cabrá decir con el año terminado en uno para dar inicio al siglo histórico. Así, contamos con el estudio de Wallerstein (“El moderno sistema mundial”; siglo XXI, México, 1984) como un buen ejemplo del concepto “siglo histórico”. Razona este historiador que el siglo XVI inició, no en 1501, sino en 1492, con el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo. Será el siglo de la formación de los primeros imperios coloniales – el español y el portugués – y del despegue de Europa al capitalismo, a partir de la acumulación del oro y la plata que eran arrancados de las colonias americanas y del auge comercial por la ruta marítima abierta hacia Asia. Este siglo, que comenzó tempranamente, también concluía con antelación. En la última década, es decir, hacia 1590, cuando los Estados de la península ibérica ya no pueden sostener su hegemonía, ante el creciente poder de otras regiones de Europa que alcanzan su desarrollo financiero y manufacturero por el impacto global que la expansión imperial provoca en todo el continente.

Algo similar efectúa Eric Hobsbawm quien considera al XIX como “el siglo largo”, pues en su opinión comenzó en 1789 y no concluyó sino hasta 1914 (“La era de la revolución, 1789-1848”; “La era del capital, 1848-1875” y “La era del imperio, 1875-1914”; Crítica, Barcelona). Al momento de analizar el siglo XX lo considera “el siglo corto” pues habría empezado con la Gran Guerra, en 1914, para terminar anticipadamente en 1991, al derrumbarse la Unión Soviética y finalizar así la llamada guerra fría (“The Age of Extremes” que fue editado en español con el título “Historia del siglo XX”, Crítica, Barcelona, 1995). Esta interpretación, que ha sido muy difundida, bien amerita que le dediquemos mayor atención.

III.- La tesis del “siglo corto” de Eric Hobsbawm.

Eric Hobsbawm ha pasado a ser, sin duda, el historiador más leído e influyente - es “el historiador vivo más conocido del mundo” afirma Orlando Figes, citado por J. Fontana en el Prólogo de: Hobsbawm: “Entrevista sobre el siglo XXI”, Crítica, Barcelona, 2000 - desde que publicó su libro “Historia del siglo XX” (Crítica, Barcelona, 1994). A éste ha seguido otro más, autobiográfico, que amplía y detalla muchas de sus consideraciones sobre dicha centuria (“Años interesantes. Una vida en el siglo XX”; Crítica, Barcelona, 2003). Muy rico en matices, generoso en la información que ofrece y profundo en los análisis que desarrolla, el autor ha conseguido con ambas obras un gran impacto sobre el público. Además, el primero ha sido usado como libro de texto en universidades de diferentes países. Diversos historiadores han repetido y hecho suyos muchos planteamientos de Hobsbawm, incluida su tesis del “siglo corto”.

El historiador no explica, ni en “La era del imperio (1875-1914)” ni en su “Historia del siglo XX” las razones por las que deba considerarse como parte del siglo XIX todo el período previo al estallido de la primera guerra mundial en 1914. Cabe suponer que privilegia la continuidad al momento de examinar el proceso de reparto del mundo entre las potencias imperiales y su tendencia a un gran choque militar entre ellas, una vez completado dicho reparto. Colocar el momento de discontinuidad en 1914, para justificar el salto a un nuevo período, al nuevo siglo, no resulta muy justificado. Si la Gran Guerra es el resultado de la rivalidad imperial acumulada en anteriores décadas, parecería más lógico incluir aquélla, resultado del proceso, dentro del mismo período. Lo cual alargaría todavía más la duración del siglo XIX, hasta 1919, y acortaría aún más el siglo XX, pero resultaría una cronología más coherente. ¿Por qué en la periodización historiográfica los antecedentes inmediatos de la primera guerra mundial han de quedar colocados como parte del siglo anterior? Eric Hobsbawm no ofrece ninguna explicación para justificarse en tal decisión.

Injustificada, su decisión es comprensible al constatar la interpretación que realiza de las guerras mundiales. Hobsbawm considera que deben verse la primera y la segunda guerra mundial como una sola confrontación. Razones no le faltan. Por su carácter - al ser ambas, guerras imperialistas- como por su objetivo último - la hegemonía mundial- no difieren en lo que es sustancial. La segunda guerra mundial constituye en buena medida una reedición de la primera. Es su segunda parte. Es un intento germano de repetir la historia, para darle otro final. La decadencia británica y su incapacidad para retener la hegemonía mundial, en especial ante el rápido crecimiento del poder económico y militar alemán, están a la base de la contienda, tanto en 1914 como en 1939. Pero Hobsbawm, reduciéndose a este esquema, deja fuera demasiados aspectos que diferencian a una guerra de la otra. Los

aliados de Inglaterra y de Alemania no son exactamente los mismos. Y, sobre todo, en la primera falta el elemento ideológico que es tan determinante en la segunda guerra mundial: el fenómeno de los fascismos frente a las repúblicas liberales, así como del comunismo ahora ya consolidado en la Rusia de Stalin.

Hay también otro detalle que contradice la tesis de una sola guerra mundial, desde 1914 hasta 1945: el cronológico. Ambas guerras duran aproximadamente lo mismo, unos cinco años, pero están separadas por un largo período de veinte años. Dos décadas exactas, de 1919 a 1939, que la historia ha caracterizado como “período de entreguerras”, muy ricas en acontecimientos de todo tipo: políticos, pero también económicos, técnicos, culturales, ideológicos y demográficos. Acentuar la identidad entre ambas conflagraciones mundiales y restar importancia al conjunto de transformaciones acaecidas en las dos décadas que transcurren entre una y la otra, arriesga dejar de lado demasiados matices que permitirían valorar en mejor manera el avance del proceso histórico y la verificación de las tendencias que están presentes a lo largo del mismo.

La posición que asume Hobsbawm le permite desarrollar una visión sintética de todo el siglo XX que podría resumirse así: a la “larga guerra mundial” de 1914 hasta 1945 sucede un nuevo período de confrontación, la “guerra fría”, en el que se mantiene el carácter muy ideologizado del conflicto y su motivación última, que reside en el control de la hegemonía mundial. De esta lectura se desprende el título de la edición original inglesa, se trata de la “era de las extremas” por ese componente ideológico, que ha fanatizado la política y ha permitido movilizaciones de masas sin precedentes a la hora de disputar el poder mundial.

De alguna manera, la guerra fría prolongaría la larga confrontación de los dos episodios bélicos anteriores. Pero al mismo tiempo es una guerra nueva, diferente, pues representa la competencia entre dos ideologías y dos sistemas socio-económicos, el socialismo ante el capitalismo. Hobsbawm no pone en duda el carácter como sistema económico-social alternativo que le supone al socialismo real. Esto es cada vez más discutido, en el mismo sentido que lo había planteado el propio Lenin, quien advertía a sus correligionarios “lo que estamos construyendo no es todavía socialismo; es y lo será por mucho tiempo, tan sólo capitalismo de Estado”. Por ejemplo, Ignacio Ellacuría consideraba que capitalismo y “socialismo real” eran dos modelos del mismo sistema, de la misma civilización, uno era capitalismo privado y el otro capitalismo estatal. Pero el compromiso personal de Eric Hobsbawm - su adscripción teórica al marxismo y su militancia política comunista- no deja de incidir en la manera sesgada como contempla al conjunto del siglo XX y a la importancia central que le otorga al fenómeno de la guerra fría. La importancia histórica del fenómeno fascista resulta en su interpretación reducida en su trascendencia histórica, en comparación con el bolchevismo que para él representa una etapa cualitativamente nueva. Todo el movimiento de descolonización, de luchas de liberación nacional y de revoluciones anti-imperialistas, que son de vital trascendencia para el Tercer Mundo, quedan fatalmente en un segundo plano desde la interpretación que impone la tesis del “siglo corto”.

Hobsbawm fue de los primeros en apresurarse a declarar terminado el siglo al constatar que la caída del muro de Berlín, la desmembración de la Unión Soviética y el derrumbe del llamado “socialismo real” en Rusia y en toda Europa del Este, representaba el final de la guerra fría. Terminada ésta, concluye el siglo XX. Ésa es la tesis. Por lo tanto el siglo XX ha consistido en lo esencial en las dos conflagraciones mundiales y en la confrontación de las dos superpotencias que representaba la lucha entre socialismo y capitalismo. Todo el resto debe explicarse a partir de esos ejes, trasfondo y determinación última de cualquier otro aspecto del proceso histórico. Interpretación que se pretende de validez universal, por

el alcance mundial de los acontecimientos que se postulan como determinantes. Es desde luego una interpretación que responde a las inquietudes y obsesiones de Occidente, o sea, Europa y Estados Unidos, pero que difícilmente va a lograr que se vean reflejados en ella los pueblos del Sur. Las poblaciones de Asia, África y América Latina, que representan las cuatro quintas partes de la humanidad, consideradas periferia del sistema, son también vistas periféricamente en el análisis de Hobsbawm, para quien el centro de la historia contemporánea se ubica en las disputas en el centro del sistema.

No se trata de restarle méritos o validez al análisis del historiador británico, sino de criticar la perspectiva eurocéntrica desde la que extiende su mirada a la pasada centuria y mostrar la necesidad de desarrollar otras perspectivas que desde el Sur puedan aspirar a una más universal lectura de los acontecimientos. Habrá para ello que balancear la interpretación que nos llega del mundo desarrollado, con la que podemos estructurar desde los países en vías de desarrollo o francamente marginados del mismo. Tratar de superar la dependencia de nuestras regiones – que es económica, política e ideológica – pasa también por vencer la dependencia intelectual en que fácilmente caemos cuando nos limitamos a repetir las ideas que nos llegan del Norte, sin atrevernos a pensar “con cabeza propia”. Motivados por esa necesidad y urgencia vamos a proceder aquí a la revisión crítica de las tesis de Eric Hobsbawm, con total respeto intelectual, pero sin concesiones en el análisis.

IV.- Las objeciones a las tesis de Hobsbawm.

Lo primero es señalar una inconsistencia en la propuesta de periodización que plantea el historiador británico: no hay correspondencia entre las fechas de final y de inicio del siglo que propone. Si se plantea que el siglo termina al concluir la guerra fría por el colapso del “socialismo real” debería consecuentemente postularse 1917 como inicio del mismo, o sea, el triunfo de la revolución rusa, porque representa el comienzo del socialismo como una realidad histórica y ya no una simple construcción teórica. Con lo cual el historiador daría coherencia a una cronología adecuada al contenido, que ha centrado en la confrontación entre los sistemas. Resulta esencial para la noción de “siglo histórico” que ya explicamos: la periodización depende del significado que atribuyamos al período, de sus contenidos y de su interpretación. La forma se ajusta entonces al contenido. No se ajusta al postular el inicio de la Gran Guerra, 1914, que no guarda relación con el final ni con la “lectura” que se hace del siglo.

La “solución” de sustituir 1914 por 1917 presenta, sin embargo, varios inconvenientes. En primer lugar porque, aunque la revolución rusa en parte se inscribe en la historia mundial o por lo menos en la política internacional, pues es inseparable del marco de la Gran Guerra en que el zarismo inmiscuyó a Rusia, por el otro lado es incomprensible fuera de la historia rusa. Los antecedentes nacionales y clasistas, en especial la historia del marxismo ruso y de la socialdemocracia rusa, son tan determinantes o más que la especial coyuntura que se perfiló a nivel internacional con la primera guerra mundial. Desde esta perspectiva de la historia nacional 1917 remite inmediatamente hacia atrás. A 1905, la primera revolución de masas sin cuyo antecedente difícilmente es imaginable el derrocamiento del zar en febrero de 1917 ni el triunfo de la revolución proletario-socialista en octubre del mismo año. Por su parte, 1905 implica 1903, la fundación del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, POSDR, en el segundo Congreso y su inmediata escisión en mencheviques y bolcheviques. Para

fijar finalmente en 1898, el año del primer Congreso del POSDR, el verdadero arranque del proceso de revolución en Rusia, según Hobsbawm tan decisiva para interpretar el siglo.

Si se renuncia a esta línea cronológica de antecedentes para quedarnos con la fecha de 1917 como inicio del siglo, se agrava el problema de la "cortedad" del mismo. El cual es de por sí un problema, el segundo de los que queremos examinar. En efecto, aunque la idea de "siglo histórico" implica que éste no se ajusta del todo, ni a la cronología calendárica, ni exactamente a los cien años de la definición de la centuria, debe al menos aproximársele. No resulta aceptable el proceder de Hobsbawm, que no sólo usa, sino que abusa de este concepto de tiempo histórico. Lo ha hecho con el siglo XIX al delimitarlo entre 1789 y 1914 con lo que lo convierte en un siglo de, nada menos que... ¡ciento veinticinco años! Vuelve a hacerlo al atribuir al siglo XX tan sólo setenta y siete años, los que van de 1914 a 1991. Es decir, le está escamoteando veintitrés años, ¡casi la cuarta parte! Que el siglo histórico no tenga los cien años exactos del siglo calendario tampoco debe significar el agregarle o quitarle tanto que deje ya de corresponder a la definición que identifica siglo con centuria.

Todavía se nos acortaría más el siglo si analizamos el final verdadero de la guerra fría, es decir, el fin de la confrontación Este/Oeste y de la competencia socialismo/capitalismo. Ha de situarse en 1985 -1986, cuando Mijail Gorbachov enunció la perestroika y los principios para una cooperación entre ambos sistemas. Ante la existencia de "problemas globales" el líder soviético proclamaba que antes de plantearse la cuestión de si la humanidad en un futuro vivirá en socialismo o en capitalismo, había una pregunta previa y más fundamental: la de si habrá humanidad. La gravedad de los problemas ecológicos, de armamentismo, de los accidentes nucleares, etc., hacían que el tema de la supervivencia de la humanidad fuese real y urgente. Lo más importante: todos los problemas "globales" lo son para ambos sistemas, no respetan fronteras ni distinguen ideologías. La política de cooperación ponía de hecho fin a la guerra fría. Tuvo credibilidad, al punto que el Presidente Reagan renunció al programa de defensa espacial que amenazaba con relanzar la carrera armamentista. La perestroika llegó tarde para salvar al socialismo soviético y éste se derrumbó, dando la falsa imagen de un "triumfo" de Estados Unidos y de ser éste el final de la guerra fría.

En tercer lugar, una objeción más sustancial y que procede de una constatación tan obvia que fácilmente puede pasar inadvertida, pues lo evidente a menudo resulta lo más difícil de ver. Se trata de lo siguiente: el final del siglo XX debe constituir el inicio del siglo XXI. Es tan lógico, que fácilmente puede olvidarse. Hobsbawm sostiene la tesis de que el siglo pasado concluyó en 1991 desde su interpretación del mismo, pero no hace por comprobar esa afirmación desde la otra cara de la moneda. Debería verificar si los acontecimientos a partir de esa fecha muestran los cambios cualitativos que permitan afirmar que la historia ha entrado a una nueva etapa, a un nuevo tiempo histórico, al nuevo siglo. No lo ha hecho por la misma precipitación en que incurrió, sin dejar transcurrir un tiempo prudencial y sin revisar las nuevas tendencias. Tenía prisa en publicar su libro y consiguió que éste fuera el primero sobre el conjunto del siglo XX en salir al mercado. Habrá ayudado en convertirlo en un éxito de ventas. Pero su valor historiográfico quedará sujeto al dictamen del tiempo. Es interesante constatar cómo el propio Hobsbawm, tan sólo cinco años después de publicar su libro, muestra muchas más dudas que al momento de redactarlo: "Fijar 1991 como el final del siglo "corto" fue una elección más personal que establecer su inicio en 1914 (...) aquélla no era la única posibilidad. En cierto sentido, escogí esa fecha por razones de conveniencia." (...) "No es posible decir cuándo ha terminado un período sino mucho tiempo después." (...) "Todo esto hace muy difícil decir si hemos salido ya del siglo XX corto." Aunque poco más adelante pareciera contradecirse: "Y es cierto que en muchos

aspectos ya podemos decir que vivimos en el nuevo siglo.” (“Entrevista del siglo XXI” (op. cit.), págs. 16 a 18; Antonio Polito realizó la entrevista en 1999).

A medida que el tiempo avanza, podría seguir siendo discutible si el siglo XX terminó o no en 1991, pero resulta cada vez menos creíble la idea de que el siglo XXI haya empezado con la desaparición de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría. Los grandes cambios en la escena mundial que fruto de dicho acontecimiento muchos esperaban no se produjeron. Ni el mundo se convirtió en un lugar más seguro, ni desapareció la carrera armamentista, ni acabaron las guerras. Al contrario. Tampoco significó que eliminada la bipolaridad que había dividido al planeta éste avanzara hacia un mundo multipolar. Lejos de atenuarse el imperialismo y la fiera competencia por la hegemonía, se ha recrudecido el problema ante la cruda realidad de un mundo unipolar, con una única superpotencia que lo domina. No es cierto tampoco que el fin de la guerra fría haya significado el triunfo de la democracia y de los valores occidentales en el mundo. Como no lo es que la desenfrenada globalización actual, que deriva de aquella lectura histórica de la derrota del socialismo, traiga solución a los problemas de desempleo, exclusión, hambre y desigualdad en el planeta.

Ciertamente no es que todas las consideraciones de Hobsbawm sean así de unilaterales o de optimistas, más bien advierte y previene de bastantes nubarrones en el horizonte. Pero su interpretación global da pie a esas elucubraciones, en consonancia con la propaganda de Francis Fukuyama de “el fin de la historia”. Y es frente a ellas que debe advertirse. Las calamidades políticas del siglo XX no han dado paso a un mundo más ordenado, pacífico y tranquilo, sino a un nuevo tipo de desorden, de agresión e incertidumbre. Por las mismas consideraciones que hacíamos al inicio de este artículo, la mirada sobre el siglo pasado ha de hacerse desde la perspectiva que nos impone el siglo XXI que hemos comenzado. Una lectura alternativa de la centuria pasada implica darle mayor relevancia a esta mirada que se sitúa desde el presente, que a aquélla que procede priorizando cómo fueron percibidos los hechos por los seres humanos que en su momento los vivieron y protagonizaron. Aquel pasado para ellos era presente. No lo es más. Y no puede ya volver a serlo. De ahora en adelante será desde el presente, desde los sucesivos presentes, que se valorarán aquellos tiempos del siglo XX. Los cuales requieren una renovada interpretación.

V.- Una interpretación alternativa a la de Hobsbawm.

Resulta cada vez más evidente para la mayoría de analistas e historiadores la idea de que el siglo XXI comenzó con el ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001. “El mundo ha cambiado” – proclamaba el Presidente George W. Bush – “ya nada volverá a ser como antes”. Y, por lo menos en esto, hay que darle la razón. A la trascendencia de los hechos traumáticos del 11-S en tanto ataque a los símbolos de poder de la superpotencia estadounidense y en tanto expresión máxima del fenómeno terrorista, debe añadirse la reacción de Estados Unidos que consideró “un acto de guerra” la agresión y emprendió su correspondiente respuesta en forma de “guerra mundial contra el terrorismo”. Dos guerras consecutivas, la de Afganistán y la de Irak, calificadas por muchos como una variante del terrorismo de Estado, y un amargo rosario de nuevos atentados terroristas en diversas partes del mundo han provocado que este eje terrorismo-antiterrorismo presida la historia, no sólo la política, durante lo que llevamos del siglo XXI. Nos sitúa en una nueva etapa.

Si el 11-S y sus consecuencias determinan el arranque del nuevo siglo, implica que debe leerse desde dichas coordenadas el final del siglo XX. El legado que éste dejó, lo que ha generado, lo que venía gestándose, es lo que ahora estamos viviendo. La nueva mirada al siglo anterior hay que hacerla desde esta herencia, centrándose en las tendencias con que se desarrolla el proceso histórico. ¿Por qué ha sido Estados Unidos el país atacado? Bien claramente porque el siglo XX lo dejó en una indiscutida e indiscutible hegemonía mundial. “La pregunta que nos deberíamos hacer – exclamaba el obispo de Boston poco después de los terribles atentados – es: ¿por qué nos odian tanto?” Importante que se le plantee este interrogante al público norteamericano. Sin embargo, fuera de los Estados Unidos la pregunta parece irrelevante, pues la respuesta resulta casi obvia. Considerado como la encarnación del imperialismo lógicamente provoca en muchas de sus víctimas, sino odio, por lo menos animadversión, en muchas partes del mundo. En modo alguno significa eso justificar o disculpar la atrocidad de los terroristas. Pero la pregunta por sus motivaciones ha de ser planteada. Igual al constatar, con tristeza, que hubo quienes se alegraron por los atentados y los celebraron. Hay que entender lo que simboliza Estados Unidos hoy en el mundo para hacerse cargo de esas interrogantes e intentar comprender lo que pasa.

Visto desde lo que ha sido su culminación, el siglo XX bien podría calificarse como “el siglo del imperialismo”. El siglo XIX culminaba, según la expresión de Hobsbawm, en “la era del imperio”. Por tanto, desde el punto de vista de lo que venía gestándose, el conjunto de esa centuria podría denominarse “el siglo de los imperios”. La caracterización del XX como “siglo del imperialismo” significa verlo como un nuevo momento en el proceso de desarrollo del capitalismo. La dominación difusa mediante el control del mercado y de los factores de la predominancia económica, acompañada por la presencia y el uso de la fuerza militar, constituyen la esencia del fenómeno imperialista que viene a “modernizar” y “racionalizar” la vieja dominación por medio de la administración directa de poblaciones y territorios en el esquema de los imperios coloniales. Costosa e irracional, es sustituida por el modo de dominación del imperialismo, que combina la independencia formal de los países con la dependencia real de sus economías. El imperialismo, modalidad contemporánea de la explotación de la periferia por el centro del sistema, logra abrirse paso a lo largo del siglo XX, constituyéndose en el fenómeno más crucial de la nueva era histórica. Triunfa de la mano de una potencia concreta, Estados Unidos, y de una ideología política definida, la democracia liberal. Será a nombre de la libertad y la democracia, incluso a nombre de los derechos humanos, que se imponga en el mundo la nueva hegemonía: made in USA.

De tal manera que, si el siglo XX es el del imperialismo, también es al mismo tiempo el del auge y ascenso de la potencia norteamericana hasta conquistar la hegemonía mundial. Ha sido “el siglo de Estados Unidos”. Está por verse si lo seguirá siendo el siglo XXI o si éste señalará la época de su decadencia y superación. En ello estriba la contradicción principal de nuestra época. Pero revisando el siglo XX desde esta óptica queda muy claro el avance irrefrenable de Estados Unidos a todo lo largo de la centuria. A sus inicios era ya la mayor economía del mundo; venciendo su tradicional tendencia aislacionista y anticolonialista sus líderes condujeron a su pueblo a una progresiva intromisión en los asuntos internacionales hasta arrastrarlo al militarismo y al guerrerismo. Concreciones de esa tendencia han sido las dos guerras mundiales. En ambas, la contradicción derivada de la manifiesta rivalidad británico-germana resulta superada por este actor imprevisto, que será quien consiga al fin alzarse con la verdadera supremacía. Estados Unidos es el gran triunfador de las dos contiendas mundiales. Gran Bretaña, pese a quedar en el bando vencedor, sin embargo resulta ser la gran perdedora y jamás podrá recuperar su anterior predominio en la escena mundial. En la primera mitad del siglo se concreta la nueva realidad de la hegemonía estadounidense. La segunda mitad consolida este hecho y revelará la naturaleza militarista

e imperialista de su “destino manifiesto” a nivel mundial. Tras décadas de guerra fría y competencia con la Unión Soviética, tema al que vamos a regresar después, emerge al final como el claro triunfador, dispuesto a imponer su predominio sin cortapisas.

Desde esta síntesis del contenido y significado del siglo XX es que debe ser planteada la pregunta por la fecha de inicio del mismo. Para construir esta periodización histórica nos basta con un momento o acontecimiento que resulte simbólico del proceso que se abre a continuación, con respecto al nuevo papel de Estados Unidos y de su política imperialista. De manera que tal fecha resulte congruente con la del final y con el período histórico que entre ambas delimitan. El historiador opera con relativa libertad a la hora de su elección. Si nos atenemos al planteamiento de otro historiador del siglo XX: “1885, 1895, 1900, 1901, 1905, 1914, 1917, 1919, o también en el límite y de forma más provocadora, 1945...”, el historiador puede elegir entre múltiples fechas para dar comienzo al siglo XX. Todas tienen un sentido.” Con estas palabras inicia Marc Nouschi su libro, notable en muchos sentidos (“Historia del siglo XX. Todos los mundos, el mundo”; Cátedra, Madrid, 1996). Es una respuesta indirecta al planteamiento de Eric Hobsbawm. Sin embargo, ninguna de las fechas alternativas que propone nos satisface plenamente. Revisando su propio cuadro cronológico encontramos un año que en síntesis responde a nuestros requerimientos. Dice Nouschi de 1898: “Estados Unidos controla Cuba y Filipinas, anexiona Puerto Rico tras su victoria contra España. Un año más tarde, con ocasión de la división de China en zonas de influencia, Estados Unidos formula la “doctrina de puertas abiertas” que afirma la libertad de comercio internacional, la promoción de la paz y de la democracia universal.” Síntesis excelente de lo que constituye la nueva actitud de las elites de poder estadounidense y el inicio de su despliegue militar por el mundo. A las bases militares que instalará en dichos países, arrebatados a la dominación colonial española, se suman las de Hawaii, integrado como nuevo Estado de la Unión tras forzar un plebiscito con la población nativa y Alaska, tras pagar el precio que solicitó el zar ruso por su cesión a Estados Unidos.

Fecha más que nada simbólica porque refleja el inicio de una nueva actitud y una ambición hasta entonces desconocida por Estados Unidos, 1898 representa en nuestra opinión el año del inicio del siglo XX, que se alarga hasta septiembre de 2001. Es decir, un siglo algo más prolongado que la centuria, en unos tres años y unos meses. Un siglo histórico podría decirse “bastante normal” en cuanto a su longitud. Y sobre todo, coherente, en cuanto es un período histórico que resulta con una clara delimitación y un contenido definido. Por desgracia, no es usual que los historiadores sostengan con rigor ese criterio. Otras obras importantes sobre el siglo XX aparecieron publicadas antes de que éste terminara: “Historia Oxford del siglo XX”, Planeta, Barcelona, 1999; Bulliet, R.: “The Columbia history of the 20th century”, Columbia University Press, Nueva York, 1998; Gilbert, M.: “A history of the twentieth century”, 3 vols., Collins, Londres, 1997–1999. De las obras que han circulado en nuestro medio tampoco se observa tal precaución. La edición española del libro de Nouschi es de 1996, siendo su original en francés de 1995. El de Brower (“Historia del mundo contemporáneo 1900-2001”; Prentice Hall, Madrid) es de 2002, pero no incluye los atentados del 11 de septiembre y además hace comenzar el siglo equivocadamente en 1900. El de Fuentes y La Parra, del mismo año de edición, ha incluido el 11 de septiembre pero se suma a Hobsbawm al considerar “los dos grandes acontecimientos inaugurales del nuevo siglo: la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa.” (Fuentes/La Parra: “Historia universal del siglo XX. De la Primera Guerra Mundial al ataque a las Torres Gemelas”; Síntesis, Madrid, 2002).

La fecha de 1898 contiene un par de curiosidades que completan su valor simbólico. En el resumen cronológico de Nouschi también puede leerse: “Creación en París de la Liga por

los Derechos Humanos que adquiere una gran notoriedad.” Para el mismo año, bajo el apartado “civilización” el autor señala: “Pierre y Marie Curie revelan la existencia de un nuevo elemento que llaman radio, a causa de su propiedad para emitir radiaciones.” Tanto el tema de los derechos humanos y de su defensa, que recorrerá todo el siglo, como el del descubrimiento de la radioactividad, antecedente necesario para la bomba atómica y para el uso pacífico de la energía nuclear, resultan significativos para dar con ciertas claves del siglo XX. De modo que, sin recaer en un nuevo eurocentrismo ni en una parcialidad ahora desde el Tercer Mundo, se refuerza la fecha para una visión universal del siglo. Desde el final del mismo hemos determinado después su contenido y significado para, por último, en un tercer momento, definir el momento del arranque del mismo. Desde el presente hacia el pasado, ése ha sido el movimiento teórico.

VI.- Una interpretación desde el Sur pero a la vez universal.

Tal como se ha podido comprobar documentalmente, en 1898 tanto la prensa como el poder político de Estados Unidos utilizaron conscientemente el incidente del Maine, barco norteamericano fondeado en el puerto de La Habana cuyo incendio después se demostró que fue un hecho fortuito, para agitar a la opinión pública y movilizarla a favor de declararle la guerra a España. Tres meses más tarde la gran potencia había obtenido una victoria fácil sin apenas bajas propias y se adueñaba de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas.

Ese primer impulso colonial fue pronto rectificado: a Estados Unidos no le interesaba sustituir a España en el control y administración de esos territorios. Su interés principal estaba en tener garantizado el acceso a esas economías y a sus mercados. En segundo lugar, pero no menos importante, en instalar bases militares permanentes a fin de proteger los intereses estadounidenses en dichas regiones y estar en la capacidad de intervenir militarmente de manera inmediata y efectiva. El ejército norteamericano abandonaba sus características anteriores ligadas a la defensa (o ampliación) de su territorio y se dislocaba por todo el planeta para tener presencia en diferentes puntos considerados estratégicos.

Si en el siglo XIX el Presidente Monroe había declarado el lema “América para los (norte)americanos”, el siglo siguiente comenzaba extendiendo esa misma idea al conjunto del planeta. Cabe comentar que ha prevalecido en la historia de Estados Unidos desde su independencia esta rara idea de cumplir “una misión”, un “destino”, que se expresa como deseo de “transformar” el mundo, de organizarlo según sus ideas y sus ideales. Funciona en realidad como fundamentación ideológica de su estrategia imperialista.

El pueblo norteamericano, sin embargo, era reticente a esa voluntad imperialista de sus autoridades y miraba con repugnancia las prácticas colonialistas de las viejas potencias europeas. Su propio pasado como colonia británica y sus ideales de independencia y libertad eran una fuerte base para sentimientos anti-intervencionistas e incluso pacifistas. No fue fácil para el poder político en Washington arrastrar al pueblo estadounidense a la primera guerra mundial. La denuncia de que había víctimas civiles en mercantes hundidos por la armada alemana fue reiterada y dramatizada por la prensa norteamericana, así como amplificadas la simpatía por el pueblo británico, para volver aceptable la entrada de Estados Unidos en la Gran Guerra.

Para la segunda guerra mundial todo fue más fácil: fue Japón quien atacó de sorpresa en Pearl Harbor y el propio Hitler quien le declaró la guerra a Estados Unidos. Esta vez el apoyo de la población al esfuerzo de guerra fue unánime y total. En ambas ocasiones la potencia estadounidense fue la única que peleó la contienda lejos de su territorio. Ninguna bomba cayó en suelo norteamericano, ninguna ciudad fue afectada, su infraestructura de transporte y de producción salió indemne de la guerra. Además, el esfuerzo de guerra fue clave para sacar a la economía de la profunda crisis que se arrastraba desde el inicio de la Gran Depresión y que la política del New Deal sólo había aliviado.

El Presidente Eisenhower señalaría, preocupado, al término de la guerra que había surgido un “complejo militar-industrial” convertido en importante dinamizador económico y fuente de muchos miles de puestos de trabajo, el cual ejercía fuertes presiones para mantener elevados los presupuestos de defensa. Interesaba a este sector la existencia de nuevos focos de tensión en el mundo, que justificaran las grandes inversiones en armamento. Bajo el esquema imperialista Estados Unidos sometía bajo su dependencia extensas regiones del mundo, pero a la vez su propia economía era dependiente del armamentismo. Sería la lógica del sistema capitalista en la etapa del imperialismo: la economía determinaba una tendencia al militarismo y al guerrerismo, influenciaba las políticas y condicionaba las ideologías. La “guerra fría” sería la respuesta a la necesidad de un enemigo que justificase la nueva estrategia imperial.

La guerra fría va a generar un gran espejismo, que no le convino despejar ni a Estados Unidos ni a su rival soviético: el de la supuesta existencia de “dos superpotencias”. Ni por el tamaño de sus economías, ni por el grado de desarrollo de sus fuerzas productivas, que incluyen desde luego la tecnología punta, Unión Soviética y Estados Unidos sencillamente no eran comparables. Pese a su notable esfuerzo de industrialización y modernización, con increíbles sacrificios de su población, por la paranoica obsesión de Stalin de alcanzar al mundo capitalista desarrollado en unas pocas décadas, la atrasada Rusia no podía ser rival para la potencia norteamericana. El equilibrio militar o incluso la delantera conseguida por la URSS en la carrera espacial, no debería haber obnubilado a los analistas a la hora de comparar ambas economías. La Unión Soviética era una potencia, sin duda, al término de la segunda guerra mundial, pero nunca una “superpotencia”. No podía equipararse ni rivalizar con la “hiperpotencia” que representaba Estados Unidos. Pronto rebasada incluso por los países derrotados en la contienda mundial, Alemania y Japón, la URSS no podía objetivamente aspirar a competir por la hegemonía mundial.

Pero aquella ideologización del período de la guerra fría contribuyó a un diagnóstico que era falso de raíz. Tanto Stalin como sus herederos veían complacidos cómo la imaginaria de la guerra fría les ofrecía la oportunidad de ser vistos con respeto o incluso de inspirar miedo. Se derrumbaría como un castillo de naipes toda aquella ficción, después de las bravuconerías de Krushev, de la arrogancia de Breznev y del postrer intento reformador de Gorbachov con la perestroika. En la segunda mitad de la década de los ochenta ya no sería posible salvar al “coloso soviético” de la profunda crisis económica, social, política y moral en que se debatía. La guerra fría amerita un análisis pormenorizado para superar la visión ideologizada y los mitos que se tejieron a su alrededor. A fin de poder clarificar en qué consistió verdaderamente, cuándo y en qué condiciones fue su inicio y su finalización, y aclarar por qué, si supuestamente sigue existiendo “socialismo real” (China, Corea del Norte, Cuba y Vietnam), sin embargo ya no hay guerra fría. Y no va a haberla.

Ligado a esta última cuestión debe examinarse el nuevo paradigma mundial que se instaló al término de la guerra fría: el de la globalización. Es el fundamento estructural de buena

parte de las preocupaciones y contradicciones del mundo de hoy. Ha de ser considerado también como una de las herencias del siglo anterior. Consistente en una intensificación de procesos económicos de larga data, debe ser visto como un fenómeno que atraviesa todo el siglo anterior, aunque sólo en estos últimos veinte años haya sido reconocido como tal y recibido su nombre. La incesante revolución científico-técnica, oleada tras oleada a lo largo de todo el siglo XX, hasta el salto cualitativo proporcionado por la informática, la telemática y las nuevas capacidades para la dislocación productiva, para la movilización de capitales y mercancías, han estado a la base de la evolución acelerada del sistema hasta llegar a su punto actual. Ni el fenómeno del imperialismo ni la hegemonía estadounidense son ajenos al trasfondo material de la globalización.

De tal manera, debe considerarse que el siglo XX ha sido fundamentalmente tres cosas: el siglo de la globalización, el siglo del imperialismo y el siglo de Estados Unidos. En eso reside su influencia y su legado para la nueva centuria. Si ha sido el siglo del imperialismo, tenía que serlo asimismo de las luchas antiimperialistas. Las revoluciones rusa (el eslabón más débil de la cadena imperialista, según la conocida caracterización de Lenin), china y todavía más claramente la cubana y la vietnamita, se dieron todas ellas en clave de lucha antiimperialista. La bandera del socialismo era ciertamente desplegada en dichos procesos revolucionarios, de matriz anti-sistémica, pero eso no debe oscurecer la realidad de ser todos ellos primordialmente movimientos de lucha y de resistencia frente al fenómeno del imperialismo. Y por ende muy conectados con las luchas emprendidas con resultados muy diversos por otros pueblos en diferentes latitudes.

En África, Asia y América Latina, un gran número de iniciativas y confrontaciones tienen ese común denominador de ser procesos de lucha antiimperialista. Desde el Sur se puede construir esta interpretación alternativa del siglo XX, que tiene un mayor alcance y es más universal que aquellas que se nos proponen desde el Norte. Es más que una cuestión de matiz, es una cuestión de perspectiva. Así, el siglo XX constituye para muchas regiones el de la descolonización y conquista de la independencia política. Al mismo tiempo, es la época de las nuevas dependencias, del neo-colonialismo, del fracaso de los incipientes estados y de las migraciones masivas de sus poblaciones. Globalizados, capturados en la red imperialista del mercado mundial y de la dependencia respecto tecnologías e inversión, la independencia ha resultado una falsa victoria, un espejismo, una realidad virtual ante la realidad real del imperialismo. El balance del siglo XX y de sus resultados indica la agenda de retos y tareas pendientes que tiene la humanidad en el siglo XXI. La historia puede ayudar a definirla.